

"¡CARRILLO, Y CIERRA ESPAÑA!"

Pese a los ataques de sus enemigos el fervor apostólico del comunismo internacional no desfallece. Su celo redentor es bien consciente de que aún queda mucha mediocridad, mucho resentimiento y mucha estupidez en el mundo para asegurar que sus frutos seguirán germinando. Es notoriamente reconfortador por ejemplo, el generoso liberalismo con que, con su proverbial desinterés por los beneficios, los capitalistas dan una entusiasta bienvenida a la nueva moda del eurocomunismo que cubre con disfraces de placidez sus viejos y alarmantes designios.

Aunque todavía faltan algunos años para 1984, resulta entristecedor que muchos españoles persistan en dudar de la imparcialidad de sus medios de comunicación y en criticar injustamente a la tolerancia democrática de gran parte de la prensa, radio y televisión españolas hacia los devotos portavoces de la izquierda.

Ese incorregible público español demuestra así no haber alcanzado aún un grado europeo de desarrollo para reconocer al fin que los derechos sólo corresponden a la oposición extremista, sobre todo cuando emplea la violencia. Al resto de la sociedad decente, trabajadora y moderada sólo le competen deberes, entre los cuales cabe destacar la obligación de aceptar los violentos ataques de sus enemigos y de rendirse, pero siempre con toda serenidad, ante sus crímenes y amenazas.

Es de lamentar sobre ello que, desdenando tan evidente deber moral, las fuerzas del orden españolas se empeñen en rechazar las equitativas reglas de juego del terrorismo. Y que con injustificable obstinación resistan a dejarse asesinar por la espalda, sin comprender que en esta nueva era, sus deberes ya no consisten en perseguir la subversión y el crimen, sino en aceptar voluntariamente su sacrificio personal dando así ejemplos muertos con resignada serenidad.

Pese a esos focos de resistencia, la verdad va abriéndose paso poco a poco, y las amnistías, cada vez más amplias y generosas para delincuentes, prueban que ya empieza a germinar la sabiduría del "doublethink" que tan elocuentemente describiera Orwell en su vaticinio de un edén comunista para 1984. Con ella, axiomas comparables a los de "la guerra es paz", o "la esclavitud es libertad" podrían pronto adornar el panorama político y laboral de España.

Mientras el resto del mundo parece haber perdido la razón al pretender equiparar los derechos de los devotos comunistas a los de los paganos que aún creen en la dignidad del hombre, bajo el absurdo pretexto de defender los derechos humanos, con renovado fervor España podría patrocinar una redentora contrarreforma. Para iniciarla, ha comenzado a desprenderse gradualmente, pero con noble determinación, de los lazos que sostienen su unidad nacional, de la injusta prosperidad económica y de la estabilidad social y laboral de un pasado fundado en anticuados valores éticos y religiosos, hasta conseguir el progreso espectacular que España tuvo que soportar durante las últimas décadas.

En reconfortante paradoja, como así lo reconociera el camarada Breznev, mientras un mundo ingrato critica los métodos de persuasión que los bolcheviques usan para man-

tener a los descarriados en el redil comunista y ataca a las piadosas torturas, a los balsámicos tratamientos psiquiátricos y a los saludables interrogatorios, como el que llevó al filósofo checoslovaco Jan Patočka a una muerte prematura, dentro de sus misericordiosos campos de concentración, España coquetea ilusionadamente con los requiebros de la inescapable protección marxista. Si su manto bienhechor lograra cubrir finalmente a los españoles, éstos podrían disfrutar de las mismas bienaventuranzas que los indochinos están recibiendo en Vietnam, Laos y Cambodia como legado propicio de la previsora diplomacia de Henry Kissinger.

Frente a la reciente y descarada audacia del presidente Carter al intentar inmiscuirse en asuntos internos de ese Vaticano de la justicia que tiene su sede en el Kremlin, resulta consolador saber que en España quedan fieles como Santiago Carrillo quien, si fuera necesario, no vacilaría en repetir sus autos de fe de Noviembre de 1936 en un nuevo Paracuellos, o apóstoles como Felipe González que prueban su sincera identificación con los intereses y anhelos obreros conduciendo un proletario Mercedes Benz, para confirmar con ejemplos sus prédicas contra los largos años de opresivo progreso y de tiránica prosperidad de la era reciente.

De ellos surge la confianza de que, con el izquierdismo, en España ha empezado un nuevo atardecer. Al acercarse sus sombras, resulta conmovedor comprobar el fervor penitencial de todos aquellos que, para acceder o permanecer en el poder una vez sepul-

tado su antiguo líder, se han rasgado las túnicas para arrepentirse públicamente de sus lealtades pasadas y para confesar con convincente sinceridad de sus sentimientos liberales, democráticos o socialistas que por mucho tiempo debieron gemir ocultos, pero que ahora pueden destaparse sin temor. Tan emocionante conversión hacia la izquierda se ha visto celebrada con numerosas y ruidosas manifestaciones y huelgas en la calle y en el trabajo, con virginales exaltaciones del destape en teatros, cines y revistas, y en la carnavalesca profusión de inscripciones en las paredes de las calles españolas, tal vez como una réplica moderna del festín de Baltasar.

Quizá como símbolo o como ejemplo de este nuevo orden en España, un gran anuncio ha aparecido recientemente en varios puntos estratégicos de Madrid. Con apropiada reverencia hacia los sentimientos religiosos y al buen gusto del público, ese anuncio exhibe dos rollizos traseros femeninos que desbordan a unos minúsculos "jeans" importados bajo el nombre de "Jesús" y presididos por un mandamiento de sabor bíblico y profanador que ordena, "SIGUENOS".

Tal anuncio podría representar un anticipo de las liberaciones eurocomunistas que aguardan a los españoles y que quizá no se diferencien mucho de las que el mar ofrece a los "lemmings" nórdicos cuando se lanzan a él. Salvo que al empujar a España a una zambullida similar se la acompañará con el grito redentor de "¡Carrillo, y cierra España!"

ARVIS